

APUNTES DE VIAGES.



IGLESIA DE NEWARK,
CONDADO DE NOTTINGHAM EN INGLATERRA.

Pocas iglesias parroquiales puede la Inglaterra presentar, que tanto treclamen la atención del viajero, como la de Newark, ya por su aspecto venerable y magestuoso, ya también porque en ella puede el anticuario estudiar todos los varios estilos de arquitectura ojival que en distintas épocas se usaron en Inglaterra. Prueba harto convincente de que los romanos tuvieron por aquel lado del Trent un puerto militar considerable, son las monedas, armas y fragmentos de sus obras, que en los alrededores abundan; pero cuando aquellos conquistadores y protectores abandonaron la Gran Bretaña, aquella comarca quedó terriblemente espuesta á los robos y correrías de los pictos y escoceses, á las contiendas entre sajones y bretones, y aun entre los sajones mismos. Por esto, cuando Egberd empuñó el solo el cetro del reino, encontró tantos territorios incultos y despoblados; y erigiendo en el lugar que nos ocupa un castillo en medio de las ruinas, lo llamó Newark, reputándolo llavede sus dominios al Norte del Trent.

Junio 27 de 1852.

Por el otoño de 1216, el rey Juan, en su precipitada retirada delante de las tropas de los barones, perdió gran parte de su ejército y bagajes en los washes de Lincolnshire, y gracias aun si le dieron asilo

y comestibles los monjes cistercienses de la abadía de Swineshead, ó bien que, según la autoridad dramática de Shakespeare envenenado por un monje, murió en un acceso de delirio.

Sin embargo, la historia dice que aquel monarca salió á caballo de la abadía, pero que debilitado por un ataque de disenteria, tuvieron que trasportarle en una litera á Sleaford, y el día siguiente á su castillo de Newark, donde murió en medio de los mayores tormentos, así del ánimo como del cuerpo.

Durante la guerra civil, Carlos I estableció su gobierno y acuñó moneda en Newark, y á favor de sus fuerzas tuvo sujeta gran parte de los condados de Nottingham y de Lincoln. En aquella época la ciudad

Album pintoresco.

13

sostuvo tres sitios, en el último de los cuales sufrió las mayores miserias, no solo por las calamidades de la guerra, si que también por efecto de los horrores y estragos de la peste.

La iglesia, que está dedicada á Santa María Magdalena, parece una catedral. Consta de una nave, en que dos capillas laterales forman el crucero, de un coro y varias capillas subterráneas. Su torre, cuya base es de arquitectura normanda, como lo son los pilares de la nave, no carece de elegancia, y remata en una aguja alta y magestuosa, enriquecida con esculturas góticas y estatuas. La gran ventana del Este es del mas rico estilo inglés, y aun lleva algunos restos de las bellas pintadas vidrieras antiguas. El trasaltar es obra del célebre pintor Hilton, que lo regaló á la ciudad, de donde era natural su padre; cuadro de admirable ejecución, que representa la resurrección de Lázaro.

TORMENTO DE LA DUDA.

¡Dudar á un tiempo y creer!
¡Sentir y nada esperar!
querer y retroceder,
y buscar en el placer
consuelo contra el penar!
Y siempre altiva luchando
la razón con el tormento
de un pensamiento nefando,
sucumbiendo, agonizando
en la lucha el sentimiento!
Buscar de la salvación
el ancho y seguro puerto
que nos lleve en ilusión
á ese mundo todo uncion,
de porvenir todo cierto.
Y la lucha de dudar
con la lucha de creer,
ambas á dos sin cesar,
una y otra al reluchar,
hacen doble el padecer.
¡Oh! dolor cruel, horroroso,
es la idea de dudar
con la idea del hermoso
pensamiento esplendoroso
de creer en Dios y orar!
Mas el pecho de dolores
hasta el borde poseído,
solo cree en los sinsabores
en los cruentos rigores
de un destino maldecido.
Que creer y no dudar
le es imposible á la mente,
es quererla sujetar
á gemir y suspirar
y á que diga «creo» y miente!
Y miente, pues no hay creencia
cuando el dolor nos desgarrar
fibra á fibra la existencia,
y embota nuestra potencia
con fuerte y maldita garra.
Entonces solo la duda
se presenta á nuestros ojos
sin freno alguno que acuda
y las mil dudas sacuda
que el mal nos dejó en despojos.
¿Cómo creer sin sentir?
¿cómo unir lloro y placer?
¿se puede siempre vivir,
reír se puede y morir
y querer y aborrecer?
¡La vida! carga pesada
que el caminante rendido
del mundo en la ancha esplanada
al concluir su jornada
la arroja desfallecido.
Y con ella las visiones

de este mundo engañador,
con ella las ilusiones
las dudas y maldiciones
arroja con el amor.
¡Oh! creer, siempre creer
de esta vida en los amores,
sin mas de ella conocer,
y entre risas y licores
destilar tanto placer.
No conocer la maldad
de los hombres, ni otra cosa
que el amor, ni falsedad
conocer, ni de la hermosa
la impúdica liviandad!
¡Oh! entonces cuán dichoso
fuera el hombre! su creencia
la tendria en su conciencia,
y el mundo sería hermoso
para él y su existencia.
Mas para el triste mortal
que do quier vuelve los ojos
tan solo distingue mal,
y su destino fatal
en vez del bien le da abrojos;
¿Cómo necio ha de entregar
su corazón á la fé
para creer y esperar?
¿qué le puede el mundo dar
si del la falacia ve?
¡Oh! que es muy cruel esperar
del mundo favor y honores,
y en él tan solo encontrar
los insultos y dolores
de su inmundo lupanar.
Entonces de nuestro pecho
se apodera la amargura
sin que quepa por estrecho
y entonces pedazos hecho
en la faz su odio fulgura.
Y ese solo pensamiento
le atosiga noche y día,
es su continuo tormento
como es fijo el sentimiento
que nos da la alevosia.
¿Y cómo entonces creer
en lo que el alma no siente?
¿cómo amar al padecer?
imposible es descender
en un río sin corriente.
Para creer y gozar
es necesario sentir,
y mal lo puede explicar
quien solo sabe llorar
y del mundo maldecir!

ALEJANDRO SIERRA.

UNA HISTORIA MISTERIOSA.

(Continuacion.)

Apostaría cualquier cosa, dijo interiormente este último, á que derrama el agua que ha enturbiado la boca del monstruo, y va á llenar de nuevo su cántaro.

El mulato se engañó: con gran asombro suyo la muchacha le hizo una reverencia acompañada de una sonrisa, y apretó el paso. ¡Qué palabras podrían pintar el éstasis de felicidad que se apoderó del pobre negro! Por la primera vez de su vida una criatura humana acababa de sonreírle, y esta era una muger joven y bonita. Desprendiendo entonces de su reloj una cadena de oro de un trabajo delicado, la pasó al cuello de la desconocida, y se apresuró á alejarse sin decir palabra, para no perder su dulce ilusión. La joven se llamaba Emilia Mildmay, y era una pobre criada de servicio de una posada de la aldea de Oxenford. Apenas llegó á ella con-

tó á su ama la historia del señor negro que había bebido en su cántaro cerca del pozo de los tres árboles.

La mesonera y su marido le contestaron que el negro no era otro que el propietario del castillo, el poseedor de una fortuna de 500,000 libras de renta, y luego que examinaron atentamente la cadena que la muchacha acababa de recibir, le aseguraron que tenía su suerte hecha.

En el número de los oyentes de esta maravillosa aventura estaban la comadre del pueblo, una negra andrajosa parada en el umbral de la puerta pidiendo una limosna, y el hijo del posadero, joven soldado de buena presencia, que llevaba una corneta de piston pendiente de una correa que le cruzaba pecho y espalda como una bandolera. Sentada sobre las piernas de este último, Emilia le trataba con extrema familiaridad. Hacía poco tiempo que lo había aceptado como á su futuro esposo.

Entre todas estas personas no hubo una que no aconsejara á Emilia que siguiera á su buena estrella. Su novio fué el primero que la encargó que no hiciera el papel de esquivar con su negro adorador; pero al decir esto imprimió un beso en su mejilla, y la pasó marcialmente un brazo alrededor del talle.

Al día siguiente fué ella, según costumbre, á la fuente, y encontró en el camino á esa misma negra que en la víspera había escuchado la narración de su entrevista con el mulato. Imposible es pintar el efecto que produjeron en ella tan horrosa aparición, aquel semblante africanomas deforme todavía por la vejez, aquellos cabellos blancos que contrastaban admirablemente con la negrura infernal de su piel arrugada. Emilia creyó ver una brujá maligna dispuesta á echarla un sortilegio. Y como la mendiga se hubiese parado al acercarse aquella, y le hubiera lanzado una mirada terrible, la pobre muchacha sintió un temblor general en todo su cuerpo, y dejó caer el cántaro, que se hizo mil pedazos. Sin embargo, para no encontrarse de nuevo con la negra se decidió á proseguir su camino, y llegado que hubo á corta distancia del pozo, columbró por entre el follaje de los árboles un hombre sentado sobre el brocal, ocultando su frente con ambas manos, y absorto en una profunda meditación. Era el mulato. Emilia le refirió la desgracia que le había sucedido, añadiendo que no se sentía con valor para volver sola á su casa. ¿No era esto implorar muy claramente la protección de mi pobre amigo? Poco acostumbrado á recibir pruebas de confianza, á ver reclamados sus servicios y á considerarse digno de merecer la gratitud de una muger, Bruton cedió ciegamente á su alborozo; se estravió su razón, y cogiendo una mano de la joven, dejó rebosar de sus labios un torrente de palabras abrasadoras, apasionadas, casi frenéticas. Emilia distinguía apenas algunos sonidos articulados; tan convulsivo era el tartamudeo del mulato! y las palabras que escuchaba eran para ella incomprensibles, porque los sentimientos que espresaban estaban fuera del alcance de su inteligencia; pero era muger, y con el prodigioso instinto de su sexo, supo adivinar al punto lo que mas la importaba saber, que era amada y amada con un amor sin límites. Bruton la acompañó hasta el fin del sendero, y no se separó de ella sin haber obtenido la promesa de que al siguiente día volvería á la fuente. Antes de decirle adios, deslizó en su mano un bolsillo lleno de dinero:

El oro no tardó en producir su efecto. Ideas de orgullo y de coquetería se apoderaron del corazón de Emilia, que enteramente trasformada, olvidó á su novio y cesó de contarle lo que pasaba entre ella y el señor del castillo; ya no le asociaba en sus sueños de felicidad futura, pero el joven soldado era de costumbres demasiado disolutas para inquietarse por este cambio: la dejó embriagarse á su sabor con sus esperanzas ambiciosas y alimentar su vanidad con el respeto que ya la tributaban sus mismos amos. Desde entonces pasaba casi todos los días mano á mano con Bruton, y es preciso confesar que debían ser muy curiosas sus entrevistas. ¿De qué podían hablar? ¿Cómo se entenderían? Llevar ricos adornos, sentarse á una mesa suntuosa, arrellenarse en un magnífico coche, llegar á ser señora de un castillo y mandar á una multitud de criados, tales eran los únicos pensamientos de Emilia, mientras que por su parte Bruton se abismaba en el delirio de una pasión, ó mas bien de un culto tan exaltado, como lo habían sido el horror de su propia existencia y su proyecto ambicioso de conquistar un vasto continente. ¿Había hallado al menos la felicidad en ese amor correspondido que tanto tiempo había desperado poder inspirar? Lejos de eso: su fealdad y su existencia de paria habían sido maldecidos por él menos veces que el instante en que encontró á Emilia sacando agua de la fuente. La idea fija de toda su vida, la resolución que miraba como una inspiración de Dios, no cedía sin luchar la victoria á su pasión. Tratándose á sí mismo de renegado, pensaba por momentos huir lejos de Oxford, para sustraerse á la fascinación que Emilia ejercía sobre él; pero carecía de valor para poner en ejecución semejante proyecto. ¡Dejarla, abandonarla, á ella, que había sonreído al pobre negro que todo el mundo rechazaba, á ella, que había alargado la mano al pestilente! ¡Oh! no, era imposible. Era mil veces mejor arrojar á los vientos su pasado, revelarse contra su destino y arrostrar el castigo del cielo, con la cabeza apoyada en el seno de su querida.

Sus cartas, fieles intérpretes de sus emociones, me inspiraban serios temores por su razón.

La primera que me escribió era una disertación sobre el ácido muriaco que él consideraba como un compuesto de flogístico y de una sustancia primera, descubierta por él. Dos días después recibí una segunda epístola interminable, en la que me hablaba con fuego de la beldad angelical de Emilia, de las situaciones admirables de Oxford, y en fin, de su encuentro con una vieja negra, antigua esclava de su padre y acusada de haber causado su muerte por medio de sortilegios y maleficios.

Una tercera carta me reveló todas las tempestades de su pasión, todas sus luchas interiores: en una última misiva me suplicaba que pasase inmediatamente á Oxford para asistir á su boda.

El año escolar tocaba entonces á su término; aproveché, pues, mis vacaciones para acudir á esta invitación.

A los sufrimientos que él me había manifestado, pronto conocí que se agregaba otro no menos terrible: los celos. Cada vez que hablaba con Emilia, oíase el sonido lejano de una corneta, y la tierna esposa temblaba y se asustaba á este ruido como si tuviera para ella un sentido misterioso. Además, un día que pasaba por delante de la posada de la aldea, había creído reconocerla colgada del brazo del soldado y jugueteando familiarmente con él.

La tarde misma de mi llegada, mientras que arrellenado en el fondo de un ancho sillón saboreaba de antemano el placer de olvidar mis fatigas en una cama bien mulada, interrumpí de pronto Bruton en medio de una amplificación sobre las perfecciones de Emilia, y presentándome mi sombrero, exclama bruscamente:

—Salgamos, y venid á visitar conmigo la fuente encantada de los tres árboles.

Por mas que protesté mi poca curiosidad, el sueño que tenía y la hora avanzada de la noche, él redobló sus instancias y concluyó por declararme, que si yo no quería acompañarle saldriaisolo. Cualquiera diría que obraba arrastrado de una especie de fascinación irresistible. Al verle lanzarse fuera de la habitación, me decidí á seguirle. Tomó el estrecho sendero de que ya he hablado, y corriendo mas que andando, me arrastró por el brazo hacia el río.

Era casi media noche y estaba muy oscura. El murmullo del agua me indicó solamente que habíamos llegado al término de nuestro viaje. Muy pronto vi brillar por entre el follaje de los árboles una luz roja. Me paré, negándome á ir mas lejos. Esas llamas podían provenir de alguna hoguera encendida por cazadores, jitanos ó ladrones, y á tales horas no me parecía prudente interrumpirlos en medio de su conciliábulo.

—Aunque sea el fuego de los hornos del diablo, exclamó Bruton, quiero pasar adelante, y abandonando mi brazo se lanzó en medio del monte.

—Yo le seguí con precaución: llegado que hube á algunos pasos de la fuente asistí á una escena de las mas fantásticas.

En el centro de un triángulo formado por tres árboles gigantescos había un estanque circular rodeado de un brocal esculpido y deteriorado por el tiempo. El agua de la fuente escapándose por las hendiduras, formaba un arroyuelo que iba á perderse en el río. En medio de los destrozos y piedras desprendidas chisporreaba un fuego de madera resinosa y sobre la luz sangrienta de las llamas se destacaba en negro una silueta extraña que hubiera tomado por la sombra de cualquier habitante del otro mundo, si las cartas de mi amigo no me hubiesen ayudado á conocer á la negra de Ohi.

De cuando en cuando la mendiga echaba en la hoguera algo que yo no podía distinguir y que tan pronto producía un olor agradable como una exhalación fétida y sofocante. Su cabellera plateada parecía despedir una luz fosfórica. Sucesivamente su cabeza desaparecía en la sombra ó dejaba ver dos ojos centellantes y amenazadores.

En frente de ella estaba de pie el mulato violentamente agitado. Sobre sus facciones pintábase el espanto y el horror, y á través de sus dientes coloreados con un reflejo ardiente, hubiérase creído ver centellear un fuego interior. Estas dos criaturas apenas semejantes á seres humanos conversaban ruidosamente en una lengua ronca y desconocida, y los tres árboles que con sus ramas nudosas cerraban el cuadro, animándose con una vida sobre natural bajo la vacilante luz de la hoguera, parecían tres espectros inclinados para escuchar lo que se hablaba cerca de ellos. El espectáculo era verdaderamente diabólico: yo estaba como arraigado en la tierra y un terror supersticioso heló mi sangre en mis venas.

De repente se levantó la vieja negra, y enderezando su cuerpo encorvado, ento-

nó una especie de canción mortuoria y gutural en el mismo lenguaje que hasta entonces había hablado; y en seguida lanzó con el pie los tizones del fuego en el pilón de la fuente y cuando el agua quedó serena, mandó á su compañero que se asomara á la fuente para mirar en ella como en un espejo. Bruton obedeció, y vi sus facciones contraerse de terror. Entretanto parecía fascinado y tenía sus ojos fijos en la superficie del agua, pero al fin pudo reunir todas sus fuerzas, y dando un salto hacia atrás huyó con la rapidez de una flecha mientras que la vieja negra, echando los últimos tizones en la fuente, le despidió dando los mas desaforados gritos en medio de la oscuridad de que acababa de rodearse como de un manto.

Mas de una hora se pasó antes que yo pudiera recuperar la suficiente presencia de espíritu para volver tambaleándome al castillo. Sin hablar palabra á nadie, me encerré en mi cuarto y me metí en la cama.

Al siguiente día hallé á mi amigo en su gabinete de estudio: no se había acostado en toda la noche. Le insté á que me explicase la escena de la vispera; pero tardó mucho en resolverse á satisfacer mi curiosidad: al fin pude arrancarle los pormenores siguientes.

—Esa negra que habeis visto, me dijo, abriga en su corazón un odio inveterado contra mi familia. En cierta ocasión los esclavos de mi padre formaron el inicuo proyecto de asesinarle, pero descubierta la conspiración, el hijo de la mendiga, que era el jefe de ella, espí su criminal designio con una muerte acompañada de horribles tormentos. Poco tiempo después de su ejecución, mi padre fué acometido de una enfermedad de las mas misteriosas. En la primera falange de uno de sus dedos sintió un dolor nervioso que los médicos caracterizaron en un principio de afección gotosa. Pero como fuesen ineficaces todos sus remedios y los dolores del enfermo se agravaran de día en día, consentió en dejarse amputar la parte afectada.

Se le hizo la operación, pero, cosa admirable, el dolor pasó inmediatamente á la segunda falange, pronto fué necesario amputar todo el dedo. Después de algunos días de tregua, declaróse la fatal enfermedad en la muñeca con mayor intensidad. El cirujano fué de opinion que debía verificarse una nueva operación; pero el dolor se refugió en el codo... Finalmente, después de la amputación del antebrazo pasó al hombro, donde me terrible que nunca, no tardó en poner á mi padre á las puertas de la muerte.

(Se continuará.)

Mucho llama la atención entre los hombres sabios un escrito publicado en Berlin por el célebre profesor Gruppe, titulado «Los sistemas cósmicos de los griegos.» En un desarrollo histórico hace ver las teorías que en esta ciencia han seguido los primitivos jonios, los pitagóricos, los eleatas y jonios posteriores, viniendo á parar á Platon, manifestando que este célebre filósofo griego, según se puede deducir de un pasaje de sus escritos, se adhirió en el último período de su vida al sistema cópérnico.

MADRID; 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

HISTORIA DE CIEN AÑOS,

POR CÉSAR CANTÚ.

Tenemos á la vista el primer tomo de esta obra traducido del italiano al francés por Mr. Amedée Rénée, quien conociendo como nosotros la necesidad de aclarar algunos hechos que refiere el autor, ha añadido tambien notas al testo original. Diremos, sin embargo, que este trabajo está desempeñado por el señor Costanzo en la version española de una manera mas completa, pues no solo no ha suprimido nada del testo, cuando Mr. Rénée ha reducido considerablemente la introduccion, sino que las notas son tambien en mayor número y mas estensas. Debemos llamar la atencion del público igualmente sobre dos circunstancias notables; es la primera el habernos adelantado á los franceses en dar á conocer una obra de tanta importancia, y la segunda que nuestra edicion será infinitamente mas barata que la francesa.

EL CIVILIZADOR,

POR LAMARTINE.

Segun habíamos ofrecido, empezó esta publicacion en el último número el ALBUM donde continuará ya sin interrumpirse. La *introduccion* que en el original francés llena una entrega la hemos reducido nosotros á ocho columnas porque la hemos suprimido toda la parte local, de mucha importancia para el lector, y sobre todo, para el autor francés; pero de poca ó ninguna para nosotros. El único objeto de la introduccion es esplanar el pensamiento del CIVILIZADOR, y nadie que lea nuestro extracto dudará de que este objeto esté cumplido. Con el presente número empezamos la *Biografía de Homero*, que es la segunda que ha dado Mr. de Lamartine; explicaremos tambien la causa de esta alteracion. La primera biografía que ha insertado el CIVILIZADOR, ha sido la de *Juana de Arco* que llena dos números y no es difícil adivinar el por qué. *Juana de Arco* es una heroína popular en Francia, y se comprende que un autor francés que quiere popularizar una publicacion, le dé la preferencia; pero para nosotros la doncella de Orleans es solo un personaje que representa un hecho histórico, cuando *Homero* representa toda una época; por eso, por sus dimensiones, porque el asunto es mas general, porque se guarda mejor el órden cronológico, y porque nos parece, en fin, muy superior su mérito; le hemos dado la preferencia, sin que se entienda por eso que no publicaremos luego la de *Juana de Arco*, como publicaremos todas. Así tambien los lectores del ALBUM encontrarán alguna variedad respecto á lo que dan otras empresas.

COMPENDIO

DEL DICCIONARIO NACIONAL

DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

POR DON R. J. DOMINGUEZ.

Por fin está ya concluido el tomo 1.º de esta importante obra; la causa del retraso ha sido la mayor estension que nos hemos visto precisados á darle para que sea un verdadero compendio del Diccionario clásico, no un manual como tantos otros que existen; así es que comprende no solo las voces usuales, sino tambien las de ciencias y artes. Este tomo 1.º consta de 946 columnas de impresion en 8.º marquilla, y comprende mas de 12,000 voces. El 2.º será próximamente igual. La edicion es limpia y elegante en papel superior.

El *Compendio del Diccionario Nacional* lo reciben gratis todos los que se suscribieron á la Biblioteca Española, y con las condiciones que señalaba el prospecto. Los que no se hallen en este caso y quieran recibirlo pueden suscribirse pagando á razon de 15 rs. tomo en Madrid y 20 en provincia, advirtiéndole que concluida la obra no se venderá menos de 40 rs. en Madrid y 50 en provincia, precio demasiado infimo todavia si se atiende al volumen y al ímprobo trabajo que estas obras exigen.

VIAGE ILUSTRADO

EN LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

Se ha repartido la primera entrega que contiene parte de la introduccion y lleva trece lindos grabados y la portada. La introduccion abraza una noticia general sobre el hombre, una clasificacion de las razas humanas, y una historia de los viages desde la antigüedad mas remota hasta nuestros dias con la indicacion de los viajeros mas célebres, etc. Rogamos á todos los que nos favorecen que fijen la atencion en esta obra donde no dudamos afirmar que verán reunidos al interés de la narracion la enseñanza, al mérito literario la belleza tipográfica. Mucho nos equivocamos si el *Viage ilustrado* no es dentro de poco el libro mas popular de cuantos han salido á luz ultimamente.